

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Dra. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>El pecado original</i>	3	
<i>Karl Kertelge</i>	5	El pecado de Adán a la luz de la obra redentora de Cristo según Rm 5, 12-21
<i>Siegfried Wiedenhofer</i>	17	Principales formas de la teología actual sobre el pecado original
<i>Christoph von Schönborn</i>	33	Esbozo de la doctrina cristiana del pecado original
<i>Luis M. Baliña (h.)</i>	55	¿Qué opina un pre cristiano sobre el estado de naturaleza caída?
<i>Peter Henrici</i>	61	Los filósofos y el pecado original
<i>Virginia Azcuay</i>	73	Teresa de Lisieux: una existencia teológica femenina
<i>W. Norris Clarke</i>	87	Respuesta a los comentarios de David Schindler

Respuesta a los comentarios de David Schindler

por W. Norris Clarke

Estoy profundamente agradecido por esos comentarios, tanto los elogiosos, como los críticos y los constructivos.¹ En un sentido son un modelo de lo que debería ser, una discusión filosófica o teológica verdaderamente fecunda, según pienso que el lector percibirá en seguida. En mi respuesta querría hacer dos cosas: (1) aclarar algunas interpretaciones erróneas de mi pensamiento, y en este sentido defenderlo; pero, lo que es más importante, (2) reconocer la laguna en mi propio pensamiento en la que el Prof. Schindler ha puesto el dedo muy agudamente, aceptar agradecidamente las nuevas líneas de desarrollo que él ha esbozado, y empezar a integrarlas en una visión metafísica más completa.

Primero respecto a los errores de interpretación: Schindler está preocupado de que, al enraizar la capacidad de relación de la persona humana en la acción (*agere*), que es el “acto segundo” de un ser, mas bien que en el acto mismo de la existencia (*esse*), yo me detengo en el nivel de lo accidental, lo secundario (puesto que la acción en las criaturas es un accidente que sigue a la existencia, pero distinto de ella y secundario respecto a ella). Por esto está preocupado de que yo no esté realmente justificado al sostener, como lo hago ciertamente, que la capacidad de relación pueda ser considerada una dimensión de la realidad tan primordial como la misma substancialidad. Como resultado, él cree que yo estoy sosteniendo que el *esse* de un ser creado funda solamente su mismidad o substancialidad, mientras la acción, en sí un accidente, funda la capacidad de relación.

No es ésta en absoluto mi posición. Yo sostengo que la dimensión de la capacidad de relación de todo ser real, su tendencia dinámica hacia la acción autocomunicante está enraizada en el mismo acto substancial del *esse*; por su misma naturaleza de acto de existencia es “expansivo”, no por algo secundario o distinto de él. El acto secundario, la concreta acción particular, no origina por sí esta tendencia dinámica; es mas bien la *expresión* del dinamismo autocomunicante ya en el acto fundamental del *esse* mismo. Pero nosotros debemos distinguir todavía en una criatura su *relación actual* a otros seres de sus *esse* substancial, porque toda relación real actualizada exige que el otro extremo de la relación sea también real, y esas relaciones reales en un mundo contingente a otros seres contingentes deben ser contingentes ellas mismas. Si esas relaciones reales

¹ Se refiere el autor a la recensión de D. Schindler, publicada en el número anterior de nuestra revista.

fueran idénticas con la substancia, ellas deberían estar presentes siempre inmutable y necesariamente donde quiera que estuviera la substancia. Pero esto no puede ser verdad en un mundo contingente, cambiante. Sólo en Dios, como enseña Sto. Tomás sin ambigüedad, pueden ser sus acciones idénticas a la esencia, no en ninguna criatura, ni aún los ángeles. El Prof. Schindler no querría sostener lo contrario.

Así la tendencia dinámica radical hacia la relacionalidad pertenece al mismo *esse* substancial, que en este sentido funda a la vez la mis-
 midad de la criatura y el dinamismo que la relaciona; pero la expresión de este dinamismo innato en las relaciones particulares actuales está enraizada en acciones particulares dispuesta contingentemente con respecto a otros seres contingentes (la relación hacia Dios es una excepción, como habremos de ver). Yo pienso que parte de la dificultad reside quizá en una distinción demasiado rigurosa entre substancia y accidente, que tiende a “cosificarlos” como dos seres distintos, unidos sólo por un vínculo de dependencia causal. Pero los accidentes reales no son en absoluto así para Sto. Tomás (aunque sí lo eran para Ockham y sus seguidores): todo el ser de un accidente consiste en estar *en* su substancia, expresar o perfeccionar lo que hay en ella. Por tanto, en suma, la capacidad de relación, como tendencia dinámica en todo ser real a ser autocomunicativo, está enraizada en el mismo *esse* substancial del ser; pero en una criatura sus relaciones actuales hacia los otros que expresan su tendencia dinámica están enraizadas en sus acciones particulares actuales que deben estar en el orden de lo accidental —lo que no significa en absoluto lo no importante. Llegar al cielo o al infierno es ciertamente accidental al ser de uno en un sentido técnico; pero no carece de importancia, si el pleno sentido del ser de uno es logrado o frustrado de ese modo.

En vista de la clarificación precedente, es claro cuál debe ser mi respuesta a la objeción del autor resumida en frases como la siguiente:

“o... la capacidad de relación comienza en algún sentido significativo —tiene su fundamento— en el *esse*, o no es así— en cuyo caso se sigue mas bien que la capacidad de relación comienza en el *agere*. Pero si esto último es verdad, ¿no significa ello que la relación no es algo “requerido” estrictamente por la dinámica interna del *esse*, y aún en este sentido “accidental”? ¿Cómo se puede decir que la capacidad de relación es —como el P. Clarke mismo afirma que lo es— “una dimensión del ser tan primordial como la substancialidad”, si la capacidad de relación comienza no con el acto primero sino con el segundo?”

La respuesta es simple. La *capacidad de relación* comienza ciertamente, tiene sus raíces, en el *esse* mismo, es así igualmente primordial con la substancialidad; y es también necesario que esta tendencia dinámica encuentre expresión en alguna relación actual. Pero no se sigue de ello que *esta particular relación actual* hacia esta criatura particular contingente encontrada contingentemente sea también idéntica con el *esse* substancial y sea tan primordial como su substancialidad.

Para poner esto de otro modo, en términos más técnicamente tomistas: Schindler parece poner a todos los accidentes en el mismo nivel de contingencia y por tanto en inferior status de ser. Pero para Sto. Tomás hay dos clases de accidentes. Una es la clase estrictamente contingente que puede ser o no ser pero dejando intacta la existencia substancial, por ej., rascar mi cabeza o no hacerlo, ingresar en este o aquél colegio, ser picado por este o aquél mosquito. Pero hay otra clase —a la que Sto. Tomás con Aristóteles llama “propiedades” o “accidentes propios”— que, aunque del orden de los accidentes, fluye inmediata y necesariamente de la esencia substancial, de modo que el ser no puede ser realmente lo que es y estar privado de ellos. El orden de la acción es semejante a esto, aunque la necesidad de actuar fluye de la substancia sólo en cuanto actualmente existente. Un ente no puede ser sin expresarse en alguna clase de acción. Esta conexión no es contingente sino necesaria, inseparable de la misma existencia substancial del ser. Ser y autoexpresión en la acción están tan íntimamente implicados que la inteligibilidad de cada uno es incompleta sin el otro. Esto no es cierto del accidente meramente contingente. Así el orden de la acción es una propiedad necesaria de una substancia existente. En este sentido los dos órdenes son igualmente primordiales. La substancia es primera en el orden del origen; pero la acción es primera en el orden de la autorrealización.

De hecho, una de las cosas que yo intentaba deliberadamente hacer era mostrar que lo que es primordial en un ser no es precisamente el orden de la substancia sino el orden mismo de la acción, aunque sea accidental, como el complemento necesario de la substancia como existente. Pero al mismo tiempo cada una (o al menos la mayoría) de las acciones serán accidentes contingentes. En una palabra, es absolutamente esencial para un ser creado, aspecto primordial de su mismo existir, que él tenga una historia, aunque esta deba ser contingente y accidental.

Esto en cuanto a la desinteligencia entre nosotros respecto a la aparente oposición entre “accidental” y “primordial”. Un pequeño afinamiento de nuestro lenguaje técnico mostrará, espero, que no estamos muy alejados.

Ahora, en cuanto considero la parte más importante de los comentarios del Prof. Schindler, su impulsar adelante lo que (yo advierto ahora) era mi perspectiva limitada sobre la relacionalidad, a un nivel más profundo de la capacidad de relacionalidad vinculada con la receptividad que pertenece al *esse* creado en cuanto tal, que precede a toda acción de nuestra parte —una receptividad que no es pura imperfección, sino que es en un modo misterioso, una imagen de la receptividad como pura perfección del ser, como es ejemplificada en el Hijo como la segunda Persona de la Trinidad. Aquí yo convengo casi enteramente con Schindler (diferiendo sólo en la relativa propiedad o felicidad de algunas frases).

Lo que le preocupa —y con justicia— es que al parecer yo he limitado la dimensión de la relacionalidad en nosotros como seres creados a las relaciones enraizadas en la dimensión activa de nuestra propia auto-

comunicación. Viene primero la autocomunicación activa, con las relaciones que fluyen de ella, luego la receptividad, con sus correspondientes relaciones, como complemento necesario de toda autocomunicación realizada. Esto es verdad ciertamente en el orden absoluto de las cosas, yo insistiré (y pienso que él estará de acuerdo), porque en el último análisis, el mismo significado de receptividad como don, implica una relación hacia un donante activo como primaria en el orden del origen; así, en la Trinidad el Padre, el Uno no originado, debe ser primero en el último orden del ser mismo, de quien el Hijo es originado eternamente.

Pero una vez que nos volvemos al orden de las criaturas la situación cambia dramáticamente. Aquí el status absolutamente primario de nuestro ser, de nuestro mismo *esse* substancial, es la receptividad: es un don recibido de otro, de Dios nuestro creador. Este status como don genera en nosotros una relación de receptividad y dependencia absolutamente primaria, inscripta inseparablemente en la profundidad de nuestro ser, antes de toda acción o iniciativa de nuestra parte. Así en nosotros como criaturas se invierte el orden divino: primero viene *la receptividad* y la relación primaria que brota de ella; luego nuestra toma de posesión de ese don de modo que estamos *en nosotros* como dueños que gobiernan autónomamente el don que hemos recibido; luego desbordamos en *autocomunicación* del don que hemos recibido, generando a medida que avanzamos las relaciones que brotan de la acción.

La relacionalidad es ciertamente una dimensión de nuestro ser tan primordial como nuestra substancialidad, pero el aspecto más primordial de ella es la relación fundacional de receptividad de nuestro mismo ser como un todo de *Otro*, de Dios. Así más bien que la estructura dual que yo estaba proponiendo, ser en sí y ser vuelto hacia los otros, es más exacto proponer una estructura trina: ser *desde otro*, ser *en sí mismo*, ser vuelto *hacia otros* (resumido netamente en latín: *esse ab, esse in, esse ad*). Y yo convengo con Schindler en que el conocimiento de esta relación primordial receptiva puede marcar toda nuestra autocomprensión psicológica personal y nuestra espiritualidad. Toda nuestra autoposesión madura y nuestro generoso dar de nosotros son potenciados en nosotros como parte del don que hemos recibido.

Acepto agradecido todo lo que antecede, como una importante ampliación y profundización de mi propio horizonte de discusión. No es que yo haya negado nunca explícitamente nada de esto. Simplemente yo enfocaba en una dimensión de relacionalidad que previamente había sido dejada en la sombra, sin advertir plenamente que también esto era una perspectiva limitada, que debía ser ampliada para obtener un cuadro completo de lo que significa ser una persona creada. Recibo de buena gana esta crítica perspicaz y constructiva de Schindler, y espero tenerla en cuenta en el futuro.

Es verdad que el mismo Sto. Tomás llama a la relación de la criatura a Dios fundada en la recepción del *esse* por la creación un "accidente", y distinto así de la misma substancia creada. Pero sus razones para

esto son altamente técnicas, dentro del marco de la definición de Aristóteles, donde uno nunca define una esencia en la categoría de sustancia por una relación de origen hacia otro, y el orden absoluto de un ser *en sí* nunca es reductible conceptualmente al orden relativo de *hacia otro*. Sin embargo la intención esencial de Schindler es aquí, que esta relación es absolutamente inseparable de la esencia creada *como existe* y procede inmediatamente de ella de modo necesario y no contingente.

Esto en cuanto a la dimensión filosófica. Pero ahora Schindler avanza en la dimensión teológica abierta por la revelación cristiana, como yo mismo lo hago indagando más profundamente en la persona creada como imagen del Dios trinitario. Yo vinculaba la imagen de Dios en nosotros con el amor generoso autocomunicativo que es la naturaleza misma del ser divino, una perfección en la que nosotros participamos en nuestro modo limitado. Yo pienso que esto sigue siendo cierto. Pero Schindler quiere ir más adelante y sugiere que la misma receptividad de nuestro ser desde Dios es también y más primordialmente aún una imagen positiva del status de la Segunda Persona, el Hijo o Verbo del Padre, dentro del mismo ser divino. Porque el mismo ser del Hijo es poseído totalmente como un *don*, como *recibido* del Padre, al que se responde mediante una eterna "mirada retrospectiva" hacia el Padre con gratitud receptiva. La Segunda Persona, en su personalidad distintiva, puede decirse que es la Receptividad Subsistente, la Gratitud Subsistente. Y esta posición es una pura perfección positiva del ser mismo inseparable de lo que significa ser en plenitud, sin una sombra de inferioridad o imperfección en él. Este aspecto del ser divino, su dimensión receptiva y agradecida, es lo que imitamos más característicamente en nuestro propio ser creado, a pesar de su imperfección. Y esto es por lo que se nos dice en la Escritura ser formados a imagen de Cristo; es en Cristo y en ser conformados a El que nosotros somos imágenes, hijos e hijas del Padre como él. Toda nuestra espiritualidad debe reflejar esto, y así llevar siempre la marca de algo como la niñez, con su aparente "vaciedad" o "pobreza" o total dependencia amorosa de su progenitor. De aquí que una cierta actitud contemplativa de mirar agradecidamente hacia nuestra Fuente debería ser el momento primario de nuestra relación religiosa hacia Dios, precediendo y fundando todo nuestro desbordar desde nosotros mismos en autocomunicación activa.

Encuentro que todo esto es extremadamente rico, a la vez teológicamente, espiritualmente y metafísicamente. Y yo creo que se puede aceptar todo ello en substancia. Porque la dimensión receptiva en nosotros, precisamente como recepción agradecida y posesión actual de nuestro propio ser como un don de Dios, no es una imperfección divina que estamos reflejando. La imperfección y la inferioridad en nuestro modo de recibir consiste en que sólo recibimos una participación limitada en la perfección divina y también en que nosotros la recibimos primero como no teniéndola, pasando luego de la nada a la recepción. Poseer el ser por haberlo recibido, como un don, de por sí no tiene imperfección en sí. Sólo

las negaciones parciales de posesión actual lo hacen imperfecto en las criaturas. Puedo agregar que esta receptividad radical en el ser humano, precediendo a toda acción nuestra, no se extiende hasta Dios como última fuente de nuestra existencia, sino hacia las fuentes secundarias de nuestro ser, tanto físicas como sociales. Estas incluyen primero a nuestros padres, luego la más amplia comunidad humana, luego la comunidad todavía más amplia de la misma tierra, la totalidad de la cual da a nosotros primero y nos influye profundamente mientras crecemos como agentes responsables y respondientes en nuestra mismidad. Yo no puedo llegar a ser un "yo" sin previa receptividad del "nosotros".

Admito que este análisis finamente ajustado de la receptividad en el ser que Schindler traza aquí tan elocuentemente es algo nuevo para mí, por lo menos de modo explícito. Pero la luz que aporta me parece muy fuerte prueba de su pretensión de validez, aunque los ejemplos, especialmente el de niño, deben ser controlados muy cuidadosamente y críticamente. Esta metáfora, aunque tiene un profundo sentido espiritual y místico, puede destruirse fácilmente si es llevada demasiado lejos o demasiado literalmente.

Permítaseme algunas observaciones finales sobre la aplicación de esta primacía de la receptividad en nosotros a la escena cultural americana, y especialmente al pensamiento ético-político de John Courtney Murray. Estoy pronto a admitir que en nuestro ethos americano de tan fuerte individualismo y activismo tenemos mucha necesidad de reforzar las dimensiones contemplativa y receptiva de la persona, por cierto como sucede hoy a la mayor parte de Occidente. Pero no pienso que sea justo pasar desde este profundo análisis a la obra particular del P. Murray. El no trabajaba en el nivel de la metafísica puramente especulativa o de la antropología por amor de sí misma. El procuraba encontrar un común lenguaje ético para generar en el pueblo americano un consenso público que trascendiera los límites de cualquier religión en particular o de la ausencia de ella. Haciendo esto, él usaba una noción de la persona como centrada en la libertad responsable que no es específicamente americana sino que se remonta en una larga historia de Occidente, incluyendo a Sto. Tomás, y es ampliamente aceptable. Tal como se usa es plenamente admisible. Haber intentado sumirse en los niveles más profundos de la metafísica y en la teología especial basada en la Trinidad cristiana, como hemos explorado Schindler y yo mismo en esta discusión, habría significado la pérdida total de su auditorio. La metafísica y la teología no se mezclan bien con todo tipo de discurso, aunque ellas puedan subyacer a estos para los doctos. No creo que podamos juzgar la más profunda ontología de Murray sobre la base de esos textos, ni que él hubiera sido renuente a las conclusiones que hemos alcanzado aquí, una vez puesto en presencia de esos niveles de discurso más profundos. Además, Murray está tratando de situar el fundamento de los derechos humanos, y esos derechos no se fundan directamente en la relación de receptividad de nuestro ser de Dios: todas las criaturas participan en esta relación bási-

ca, pero no todas tienen derechos. Estos no arraigan en la metafísica general del ser sino en nuestro carácter especial, como humanos, de poseedores de libertad racional. Pero Schindler tiene ciertamente razón en cuanto a que en nuestros intentos para reconstruir la cultura cristiana, debemos descender todo el camino hasta las últimas raíces ontológicas.

COMMUNIO - 1995

- Marzo: "Dios los creó varón y mujer"
Junio: "Salvar la razón"
Septiembre: "La Fe"
Noviembre: "La juventud y el sentido de la vida"